

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8362

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. Corresponsales en París E. A. Lovette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 21 Septiembre de 1889

MI OPINIÓN sobre el conflicto hispano-marroquí.

De esas kábilas salvajes no me espantan los ultrajes, pues el café sin esencia que toman sus personajes no es de *El Barco de Valencia*.

Lo extraño es que hayan de ir hoy los buques por la posta satisfacción á exigir, cuando debieran vivir recorriendo aquella costa.

El pabellón paseado por un grande acorazado y una escuadra improvisada, es un alarde gastado que no nos conduce á nada.

Ténganse dos cañoneros un vapor y una goleta todo el año de cruceros, y esos moros portiduosos no nos harán otra treta.

Y en menos de un santiamén les introduzco en la panza y días de honor y bien y hago del Rif un edén de paz y buena crianza

Siendo así, me voy al puerto, tomo pose para el charco, me calo un turbante ingerto y cántate un moro tuerto vendiendo café de *El Barco*.

Benigno Sánchez Risueño, Representante General para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia de los acreditados chocolates y cafés de *El Barco de Valencia*.

Recomendamos.—*Quinina dulce Batta*.—(Véase anuncio 4.ª plana.)

MONROY.

Mañana hará 28 años que dejó de existir el insigne poeta, gloria y orgullo de nuestra querida Cartagena, y apesar del tiempo transcurrido, su recuerdo se mantiene vivo entre nosotros.

Su vida, fue un sueño, un meteoro que pasó ante nuestra vista y desapareció, pero dejando tras sí una estela luminosa de gloria, que el tiempo no extingue, pues su gigante genio le señaló de una manera indeleble.

El 22 de Septiembre de 1861 bajó al sepulcro José Martínez Monroy, y al contemplar su fosa, no podemos por menos de pensar, cuántas glorias, cuántos laureles, cuánta inspiración y cuánto amor á su patria, se encierran en el pequeño espacio del ataúd que contiene su cuerpo.

La redacción de este periódico, que tiene la honra de haber contado entre sus colaboradores, al poeta cuya muerte conmemoramos, dedica un cariñoso recuerdo á su memoria.

EGOS DE MADRID.

20 Septiembre de 1889.

Con qué sed esperaba Madrid el agua que ayer le regalaban las nubes, preclivoras sin duda del temporal que para el domingo nos tiene anunciado nuestro astrónomo de cámara!

Cincuenta y ocho días sin llover es una verdadera sequía. Todo estaba á punto de

secarse, y el remoión de ayer animará los rostros secos y tristes que aumentaban el aspecto melancólico que ofrecía Madrid.

Si el temporal no se burla de las predicciones del astrónomo, y las lluvias son copiosas, comenzará para la villa y corte el período más agradable del año, bajo el punto de vista de la temperatura. Las nubes riegan mejor que los mangueros de oficio, el agua del cielo despeja la atmósfera mejor que la del Lozoya; empezará á sentirse ese fresco agradable, ese remusguillo que incita á los viajeros atrasados á tornar á sus lares, volverá la corte, los ministros que andan diseminados se juntarán, entouarán un poco las fuerzas deterioradas del cuerpo político; y como abrirán sus puertas los teatros, y los trenes llegarán atestados de gente feliz, recobrará Madrid su animación, y ni siquiera nos apercibiremos de la caída de la hoja, ni haremos caso de las estadísticas demográficas que han demostrado una vez más las malas condiciones de salubridad de la capital de la nación.

Hacen mal en no esperar esta resurrección los muchos desesperados que atentan á su vida. Los impacientes aumentan y raro es el día que no hay que lamentar al gún suicidio, ó porque la pobreza incita ó porque la enfermedad desespera.

También aumenta la locura

Ahí está esa pobre joven de diez y ocho ó diez y nueve años, que en un momento de su novio que marchó á Buenos Aires á hacer fortuna y no pudiendo esperar más, perdió primero la paciencia y después la razón.

Acusaba á su anciana madre y á su inocente hermanita de ser la causa de su desventura y no ocultaba sus propósitos de matarlas.

La autoridad se ha visto precisada á evitar un crimen, encerrando en un manicomio á la pacífica joven, convertida en una fiera por las contrariedades de su amor.

Pero ahí está también Eduardo Lustonó, el festivo poeta, el autor cómico, el intencionado crítico, el chispeante hablador de café. Antes de emprender mi viaje tuve ocasión de verle, de conversar con él. Disfrutaba de su cabal razón, de su ordinario gracejo. Escribía artículos humorísticos, proyectaba comedias y zarzuelas. Los tiempos eran malos, ganaba poco, tenía que atender al sostén de su familia. Pero á juzgar su buen humor y su buen año, porque rayaba en la obesidad, todo era de esperar en él menos que se volviese loco.

Los que asistieron á los primeros eclipses de su razón cuentan episodios de esos que hacen reír y hacen llorar.

Me han referido que los primeros síntomas ostensibles de su triste enfermedad se revelaron en una serie de anatemas contra el ilustre Zorrilla, recientemente coronado en Granada.

Esta coronación había trastornado su juicio. Para él era una injusticia haber honrado al vate castellano y no á otros en su concepto pobre concepto y superiores al autor del «Tenorio»

A los escritores á quienes hallaba los increpaba duramente:

—Usted es de los que han aplaudido esa coronación, exclamaba con acento trágico;

usted es de los que han contribuido á esa iniquidad?

Sus palabras sorprendían primero y apenaban después. Acto continuo se desataba en improperios contra Zorrilla y solía terminar sus diatribas con este anuncio:

—También á mí me van á coronar!

No repetiré los dolorosos episodios que acerca de este simpático y desgraciado enfermo me han repetidos amigos y compañeros. Lo que sí merece aplauso es el interés con que tres de sus más íntimos amigos han acudido en su auxilio y en el de su desvalida familia. Aunque los literatos y los artistas son pobres, se han reunido ya más de seis mil pesetas y es de esperar que cuando regresen los ausentes y comience la temporada teatral estos recursos se aumentarán.

En el fondo de la locura de Lustonó no hay que buscar la emulación que acusan las palabras que contra el gran Zorrilla han exhalado sus labios, cuando ya su razón estaba obsecurecida. Lo que en ese fondo, por no llamarle abismo, se hallaría seguramente es la terrible lucha que lleva que sostener el escritor con la pobreza cuando no posee todas las virtudes que producen las abnegaciones y los sacrificios.

Y sin embargo, el ingenio es una mina. Dígalo los dos mozalbetes, consumados actores que reñían la otra tarde en la Puerta del Sol.

Parecía que iban á matarse y al fin un alma caritativa se acercó á separarlos. El caballero que tal hizo no pudo saber á qué hora había evitado un crimen.

Los tímidos contendientes, le escamotearon el reloj.

Julio Nombela.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

TRAGALUZ

Charada

Porque la *todo* en la toteria compró un billete, que no pagó, —tengo— con rabia ayer me decía, muy prima *tercia* primera dos.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LA MARIPOSA NEGRA

CUENTO DEL PUEBLO.

No diré dónde, ni cuándo pasó, estimado lector de mis desaciertos literarios, el hecho, real ó ficticio, que voy á referirte; dejo á tu libre elección escogitar el lugar y el año que tu imaginación te dicte, en la absoluta convicción de que has de tener que esforzarte gran cosa, para encontrar un ejemplo que sirva de demostración precisa, á este mi corto y por demás pobre cuento.

En una ciudad de grande población y comercio en poderosas escalas, de esas en que se hallan representados todos los adelantos de las ciencias, las artes y las letras, y representados también «dignamente» todos los progresos, verdaderamente prodigiosos, de inmo-

ralidad de nuestros días, vivía un joven y rico matrimonio de bellas cualidades y de conducta intachable, cuyas obras de caridad inagotable pesaban á buen seguro más, que todas las monedas de su cuantioso capital.

Todo era en su precioso Hotel felicidad y alegría, alegría y felicidad alimentada por un hermoso pequeño hijo que, producto del rápido chispazo de «electro amor» de dos ángeles parecía un querubín enviado por el «Ser único» á la tierra, para servir de guardián celoso de sus padres contra la perfidia y la desgracia.

Un día que andaba el niño jugando, y saltando en el jardín, ora recogiendo algunas flores, ora persiguiendo alguna inofensiva mariposa, vino corriendo hacia sus padres que se hallaban sentados cerca de la casa, admirando como sólo ellos saben admirar, sus demostraciones de contento y alegría.

—¿Qué traes en esa mano Eduardo?—dijo Raquel, que así se llamaba su madre, viendo que el niño apretaba con cuidado un objeto diminuto entre sus dedos.

—Traigo una mariposa muy bonita, mamá—contestó el niño con infantil alborozo.

—A ver, á ver,—añade rápidamente su madre, y luego... ¡una mariposa negra! ¡una mariposa negra!—dijo con acento de temor—suéltala hijo mío, suéltala, que son siempre anunciadoras de desgracias.

El niño, sumiso y obediente, soltó la mariposa, pero ¡ay! ya no remontó su vuelo, sus alas permanecieron quietas, unidas, la pobre había muerto, había muerto aprisionada entre los dedos del inocente niño.

Eduardo, asiendo inconsciente de aquel pobre animalillo, lo arrojó al suelo, y continuó jugueteando, en tanto que su madre quedaba triste y pensativa, contemplando la mariposilla, temida y desdeñada por sus alas color de duelo.

—¿En qué piensas? Raquel—dijo su esposo Fernando, ¿qué tienes que permaneces tan callada?

—Pienso; Fernando, en mil cosas en mil tonterías, que se yo. Me dá tanto miedo un animalito de esos... dijo señalando la mariposa.

Supersticiosa, dichosa del vulgo, añadió su esposo, procura no acordarte más de ella, y subamos á nuestra casita que ya es tarde y va refrescando la noche.

Llamaron á su hijo y todos entraron en la casa, santuario de su mutua gratitud y hermoso nido de un buen varón.

En vano fue que Fernando tratase de distraer á su esposa con mil conversaciones distintas, con preguntas, con historietas, con las gracias de su pequeño hijo Eduardo; todo resultó inútil, que la malhadada impresión de aquella tarde, perfecta había quedado tan firme en su memoria como la roca en su pedregoso asiento.

Las días corrían con lento compás en el reloj de la casa.

—Raquel—dijo en este momento Fernando,—ya sabes que tengo compromiso de ir al baile esta noche, del cual no me puedo eludir sin cometer una falta grave, y por más que precisa retirarme temprano quiero que me esperes como acostumbra; por lo tanto, te acuestas y duermes tranquila, que yo iré á jugar que permaneceré hasta que yo vuelva.

—¿Pero qué te pasa?—dijo Raquel con tristeza y llanto,—y una lágrima diminuta, casi imperceptible, comenzó á resbalar por su mejilla.

—¿Qué tienes?—dijo con dureza Fernando—¿todavía conservas el necio recuerdo de esta tarde? y luego, dulcificando sus palabras, cogiendo su gabán y su sombrero y dando un beso á su esposa... ¡adiós hasta muy pronto